

JOSE MARIA ARGUEDAS

EL ZORRO DE ARRIBA Y EL ZORRO DE ABAJO

Chaucato partió en su bolichera "Sansón I", llevando de tripulantes a sus diez pescadores, entre ellos al maricón el Mudo, y como suplementario, a prueba, a un violinista de la boite de copetineras "El gato negro".

Avanza la madrugada. Chaucato habla con el Mudo en el puente:

—Putamadre Mudo: aquí se trabaja en cosas di' hombre. El hombre se diferencia por el pincho ¿no? Tú has nacido con pincho, oye Mudo, aunque sea pa' tu joder. Cuando el hombre agarra cuchillo nu'es pa'recebir lapos en el suelo. Pa'remar la cholona, pa'aguantar el paño, pa'jalar plomo e'boliche, pa'entrar en la alzada, se necesita pincho. Aquí se te va a parar en la mar o te voy hacer meter una manguera hasta las agallas. ¿Has venido madrugando al puente pa'confesarte y recibir tu puteada?

La bolichera "Sansón I", de la Compañía "Fauna del mar", aunque matriculada a nombre del armador Fuentes de los Palotes, avanzaba a toda máquina muy lejos de la bahía de Chimbote. Los tripulantes dormían. Chiroca, todo colorado el rostro, miraba al Mudo en el puente, a cielo abierto.

—“¡Padrazo, padrenuestro!” me rogabas, mocoseando en el callejón del burdel. Putamadre, maricón Mudo; aquí ti'hago hombre.

—Yo soy hijo de puta, patrón. Tú sabes.

—No, güevón. Aquí, carajo, a bordo, todos son putamadres menos el patrón. ¿A ver? tráeme a ese violinista del "Gato". Debe estar mariado, vomitando.

El Mudo bajó a los camarotes y regresó con el músico. El violinista no vomitaba. Estaba muy decidido.

—¿No vomitas? Entonces vas derecho a la anchoveta que Braschi, el culemacho, li'ha quitado a los cochos alcatraces. Ese, ése qu'está a tu lado, va'olvidar aquí el ojete, porque la mar es la más grande concha chupadora del mundo. La concha exige pincho, ¿no es cierto Mudo?

—Sí, Chaucato.

—¿A ver? Están llamando por la radio "Anchoveta a una hora isla Corcovado... a una hora isla Corcovado... rumbo 180, rumbo 180..." Esa es la voz del "Cadete". Hoy, con violinista y maricón, hacemos cien toneladas: mandas a la mierda el violín, y el Mudo cierra el ojete ¿no?



Como si no hubiera oído bien todo lo que el patrón dijo, el violinista se acercó más hacia él y preguntó:

—¿Es cierto, Chaucato, que tú te colgabas de rocas bien altas, en las islas, cuando cazabas lobos?

—¿Y ahora preguntas cabronadas, ahora que el "Cadete" está hablando pa'orientar la navegación, técnicamente, a la mancha de las anchovetas?

“A una hora isla Corcovado... A una hora isla Corcovado... Rumbo 180... Rumbo 180...” seguía repitiendo la voz por el altoparlante de la radio. Chaucato se acercó al micrófono:

—Oye, maricón "Cadete"; maricón "Cadete"...

“Tú maricón. Te llevas al Mudo pa'cabronearlo” contestó el altoparlante.

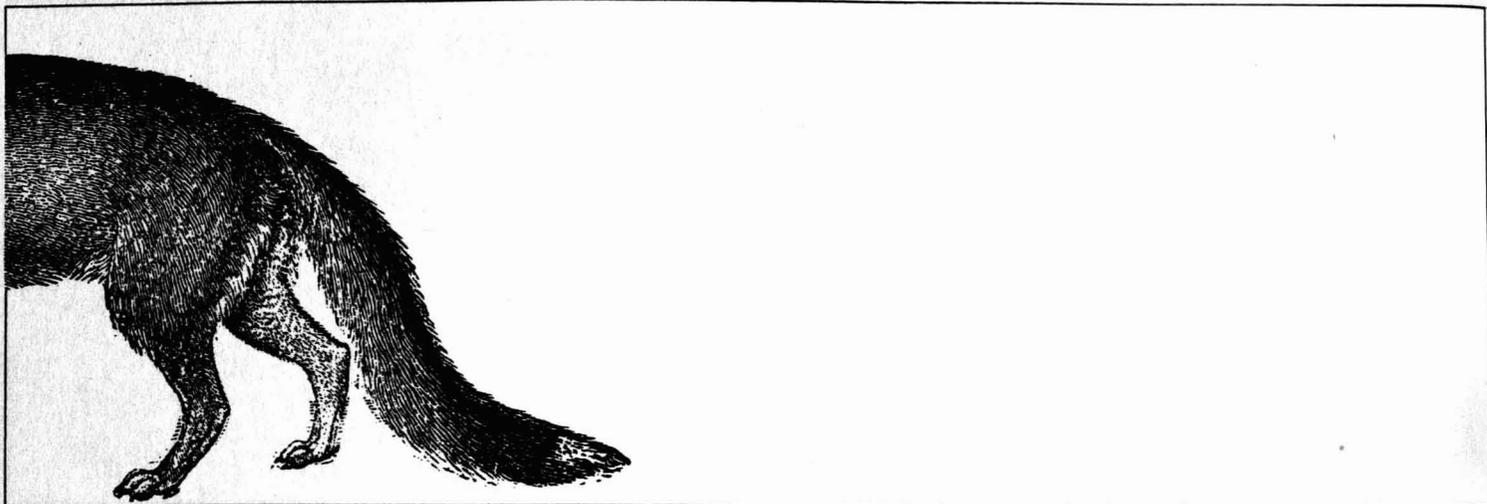
—Oye, "Cadete" ¿t'interesa el Mudo? ¡Te cabreaste! Ya se le paró, güevón...

“¿Y cuanto le has bochado pa'que te lo mande”, se oyó otra voz.

—Ese es el "Characato" Pretel —dijo el patrón— ¿Sí'ha metido contigo alguna vez? — y miró al Mudo.

—Aquí yo no sé nada, oye Chueca —nombró al Mudo por su apellido— Tú, músico, vas a ayudar primero al popero, al "cabecero" qui'arrea el paño a la mar; después





vas a ser ayudante del estibador de plomo. ¿Entiendes, cojón de gato...? No; no contestes concha'e tu madre. Dispués tienes que entrar en la alzada del paño. Va a pesar como cagada del diablo. Si hacemos las cien toneladas te cuento lo de los lobos. Yo creí que sólo a las putas les gustaba esa historia...

—Oye, Chaucato...

—Habla, músico. Ahistá tuavía el Mudo.

—Oye, Chaucato. Entendido. El Mudo me ha explicado el trabajo en la lancha. Pero... ¿cómo otros patrones menos antiguos en la pesca, con menos méritos —tú eres cumpa de Braschi, casi su padre, y que has enseñado a casi todos los patrones de lancha a calar anchoveta— cómo tienes una lancha vieja y de cien cuando a esos otros nuevos, menos maestros, les han dado de doscientas y hasta de doscientas cincuenta pa' que ganen el doble que tú? ¡No... Chaucato! No es ofensa, al revés, es amistad, gratitud... hermano.

Al patrón se le desigualó la cara mientras el músico hablaba. Los brazos sueltos, el ojo izquierdo con el párpado bajo, algo caído y rojo; la boca igualmente algo caída por el mismo lado y el pómulo como hinchándose...

—¡Hijo de puta! —dijo clarísimamente— Los alcagüetes del "Gato" ven la cáscara, el forro de los huevos. Cuando te meta los huevos sabrás, entenderás, como las patas. Estás en la mierda del "Gato" ¿no? ¿Y de ahí vienes a hablar aquí, carajo?

El Mudo tomó del brazo al músico y le hizo bajar la escala que comunicaba el puente con la cubierta de la lancha. "Le metiste el dedo... A otro lo mata" —dijo el Mudo.

Chaucato empuñó el timón por las orejas. El barquito empezó a cortar las olas y a cabecear firmemente en el mar abierto. El rostro del pescador fue emparejándose lentamente en tanto que hablaba muy bajo, como si lo hiciera con el vientre: "Doscientas toneladas, yo cien; doscientas cincuenta, yo cien. Antes burdeleábamos juntos, aunque la Muda dice que él se ponía al Mudo de jinete... Estos malnacidos, di'un u otro lado..." Observó los centenares de bolicheras que se lanzaban a toda máquina, como la "Sansón I" hacia la dirección señalada por el "Cadete". "¡Mudo! ¡Sube Mudo!", ordenó. El Mudo se detuvo asustado en la última grada de la escala.

El Chaucato le preguntó sin mirarlo: "¿Es cierto que en tiempos se te paraba?". "Es cierto", contestó el Mudo. "¿Es cierto que la Muda te mandaba montar a otro qu'estaba encima d'ella?". "Es cierto; a oscuras, Chaucato". "¡Lárgate, mierda!". Y siguió hablando con el vientre. (El Mudo bajó a cubierta). "San Pedro, de más huevas que yo, patrón de la mar: estos blanquiñosos tienen mañas de otras layas. Hambrientos por el hueco, hambrientos por el pincho, así también para los negocios. Nunca por nunca llenan su gusto. Fábricas, bolicheras, muelles, fierros, cada año menos obreros y más tragones ellos pa' comer en la mar. Yo comencé a miar primero en la bahía, pa' Braschi; al agua limpita le metimos huevo. ¡Braschi es grande! Tiene más potencia que la dinamita en la cabeza, en el culo, en la firma. Braschi ¡putamadre! tú has hecho la pesca. Ahora comes gente. Pa' eso formaste la mafia, con los apristas. Yo, putamadre, fui hombre del General ¿no? Al General también le metieron huevo; con él amarraron más pior la mafia. Ahora Chaucato, hermanón de Braschi, es contras Braschi. Dicen que pa' comer grande hay que elevarse, como pájaro en la mar. A Braschi, que se hacía montar en el burdelito di' antes ¿quién puta lo ve ahora en Chimbo-te? Yo era su guardaespaldas ¿no? Porque me salía de los forros. Miles de miles viven de él; en cambio él les come las huevas. Las huevas de Chaucato como los billetes de Chaucato engordan las cantinas y las putas de la "Rosada", con alegría de mi parte. Braschi se lleva mi trabajo; no me va a tocar los forros. No se traga madre ¿no? A Chaucato nadies no lu' ha jodido tuavía al gratén. No se traga madre ¿no?".

Por primera vez decidió casarse. Ese pensamiento corría como una palpación debajo de las exclamaciones y reflexiones que le salían de la boca. El cuerpo delgado, el rostro bonito y los ojos chispeantes de su cuñada, hermana de la mujer de su único hermano recientemente muerto y por quien él, Chaucato, había llorado un día entero le entusiasmaban. "¡Pucha! Le tengo miedo a ella. No me le puedo declarar. ¡tanta puta! me pesa como plomo en la lengua cuando a ella quiero hablarle. ¿Cómo mierda le hablo?".

Oyó que la tripulación traficaba y echaba maldiciones de alegría en la cubierta, pero no subía nadie al puente. El sol opacado por las altas nubes de la cordillera,





hacían resaltar el cogote ancho, un poco rojizo de Chaucato.

Siguió hablando: “¿Cómo chucha... estos amos de fábrica hacen parir billetes a cada anchovetita, metiéndoles candela a fierro violento? Nosotros, putamadres, les llevamos el material... Yo hago parir a la mar... ¡Listos, carajo! Ahí está la mancha, sombreando. ¡Me cago en la ecosonda! ¡Abajo la chalana, concha'esu madres!”.

Una fila en ángulo de enormes alcatraces apareció sobre la “Sansón I”. El cerro El Dorado, cortado a pico sobre el mar, con santuarios preincas en la cima, se elevaba, alto, muy a lo lejos, y separado de la cordillera por una honda garganta. Tutaykire está trenzando allí, durante dos mil quinientos años, una red de plata y oro. Su cabeza brilla lento; su cuerpo duro da sombra, y por eso el cerro altisonoro, con su abismo al mar, vigila a los pescadores, ahora más que nunca. Tutaykire quedó atrapado por una “zorra” dulce y contraria, entre los *yungas*. Desde el cerro El Dorado, ve arriba y abajo.

Chaucato sintió la sombra de la montaña y examinó con regocijo burlón la ecosonda que dibujaba en rayas menudas y densas la mancha de anchovetas. Cuando apareció la fila de alcatraces, se le cayó, enrojeciendo, el párpado bajo del ojo, enfermo desde que era huahua. “Vagos, ociosos, muertos di'hambre, grandazos”, dijo mirando la majestuosa hilera doble y el ángulo cerrado de los pájaros. Empezó a dar órdenes a la tripulación, tranquilo en apariencia, pero con el hígado amargo.

Media hora después, las lanchas bolicheras habían tendido calas de doscientas y trescientas brazadas de largo sobre la mancha. Las anchovetas fueron embolsadas por las redes: nadaban saltando, boqueando, abriendo las agallas en espacios cada vez más reducidos, chispeando en la superficie. Potas enormes, negras, tragaban todavía anchovetas y se ahogaban en la trampa. Los alcatraces bajaron: pajareaban volando a ras del mar; daban como tarascadas en la hiriviente red cargada, nadaban al borde de los corchos del boliche; tropezaban con la garetta de nylon durísimo, estiraban sus flácidos bolsones y los picos largos, aleteando. Saltimbanqueaban y pescaban bocanadas de anchovetas; las embolsaban, alzaban la cabeza y hacían resbalar, como tras un tul frío, docenas de anchovetas, de la bolsa flásica al buche. Ni las moscas

de las más sucias chicherías de los barrios de las ciudades andinas hacían tanto negro baile. Algunos grandes alcatraces se enredaban en la garetta y el paño. El chalanero los agarraba del pico, los alzaba y los tiraba al mar. Volvían entonces al ataque.

La lancha de Chaucato, claro; sí, de Chaucato, no tenía macaco; había que alzar la cala con huinche, chinguillo y pulso. Todos a la faena mientras él vigilaba. Tuvieron que devolver al mar la mitad de la pesca, cien toneladas, felizmente de pez vivo. Se desemparejó nuevamente, la cara del patrón.

—Oye violinista, cabrón —gritó desde el puente— has trabajado bien, venenoso. Y tú Mudo, habla. Vas a recibir mucho billete por la cala di hoy.

¿Qué habrá haciendo ese gringo Maxwell con la puta gorda? Jamás dentaba al burdel. Tú sabes, maricón, por eso quisiste punzarle, sin saber manejar chaira.

Los tripulantes no entendían si Chaucato hablaba en serio o en broma. La bodega de la lancha estaba repleta. La anchoveta alumbraba; rebosando de la bodega hasta la cubierta, mejoraba la luz opaca del día, hacía resaltar la cara de los tripulantes. Un tremendo chanco de mar, un delfín que fue atrapado en la red, estaba tendido sobre el boliche ya recogido en la cubierta.

—Me dijeron, Chaucato —contestó el Mudo.

—¿Te dijeron qué? ¿Quién?

—Me dijeron, porque yo era mierda. Desde ahora ya no seré mierda, Chaucato. Tú sabes...

—¿Cortar a un gringo? Este... Maxwell, buen gringo.

—Ya soy pescador, pues Chaucato.

—¡Ah, huevón, culé'cueva! La mafia ¿no?

El Mudo se sentó sobre el boliche, cerca del chanco de mar. Chaucato le preguntó:

—¿El gringo es o nu' es contra el fraile Cardozo? ¿Es gringo nu'es gringo?

—Oye, Chaucato —contestó Maxe, un tripulante alto, algo mulato, que caminaba balanceándose, como si la fuerza de su cuerpo lo venciera— Oye, Chauco: tú no eres juez para esos asuntos que suceden en tierra. Tengo hambre. Hemos calado bien. Que el gringo y el Mudo sean o no sean, eso lo veremos en su debido lugar. ¿Ya?

—Ya mierda ¡a comer! Yo también creo di'hambre mi'amargo es por demás.

